

La sombra  
del Buicolizor

# La sombra del Buicolizor

Fragmento del Cuarto Capítulo: "El sombrío Buicolizor"

Un ambiente de preocupación caracterizaban los días de la familia. La tensión venía de los contradictorios diagnósticos, siendo el más acertado el que revelaba una pulmonía doble. Para la temprana edad de Marcos, aquello era lamentable. Cuando la familia retornó al hogar, todos rodearon el lecho del enfermo, cuyos ojos se veían agrandados a causa de la palidez del rostro. El afecto se traducía también en obsequios. Libros de cuentos, juguetes y alguna golosina.

—Hoy quiero jugar con Simón —dijo Marcos mirando los peluches y soldados.

—Después del almuerzo vendrá para jugar —dijo don Reynal.

—Lo que creo es que será mejor que venga el médico y nos diga qué hacer —observó Maripaz, la hermana mayor, con un tono de desagrado y de indudable preocupación.

—Para mí que esos medicamentos no le aprovechan en nada —dijo Rachel, la otra hermana— llevando a la boca un pedazo de pan.

—Todos estamos de acuerdo en que el médico es el que sabe, de modo que esperemos su visita esta tarde —reflexionó Armelsila, la hermana menor, mientras doblaba un diario.

—Seguramente vendrá el médico con los mismos cuentos —protestó Maripaz, a quien las recetas médicas no le convenían, o por lo menos lo que ella llamaba exageradas recetas de los médicos.

—La última vez no dio muchas esperanzas, recordó Rachel.

—Yo lo encuentro mejor hoy y, además, durmió bastante anoche —opinó Armelsila.

—Tengamos mucha fe, recomendó doña Asunta.

Petronila ingresó a la habitación llevando tazas para el té. Colocó la bandeja en la mesa próxima a la ventana que daba a la calle Junín y observó, detenidamente, si las horribles aves seguían en el alambrado de luz. Entretanto, la familia continuaba dialogando sobre el estado general de Marcos.

—Es bueno el médico y me dijo, hoy por la mañana, que el tratamiento daría muy buen resultado, opinión que abría las esperanzas para un pronto restablecimiento de Marcos.

—Dicen que vendrá tía Concha —anunciaba Maripaz.

—Señor, interrumpió Petronila, el Marcos me dijo que espante al pájaro que todas las mañanas chilla bien feo en el alambre de la luz. No le gusta. Yo sé que ese pájaro trae mala suerte y él se asusta. No quiero espantarlo porque me han dicho que se lleva el alma. Ahora mismo están sobre el alambre de la luz.

—Sólo son supersticiones, doña Petronila; no tenga cuidado, veré si es posible espantarlo porque los veo un poco alejados del balcón —dijo el padre de Marcos.

Cuando Petronila abandonó el comedor, no sin cierta desilusión porque nadie quería espantar al pájaro, la voz de don Reynal silenció a las demás porque él sabía algo de ciertas aves de mal augurio, entre ellas el Buicolizor.

—Escuché mucho hablar de pájaros de mal augurio, no sólo este Buicolizor que atormenta a todos, pues también se dice que la lechuga trae mala suerte —comenzó diciendo el jefe de la familia.

—Cuéntanos todo papá porque tú sabes de estas aves —pidió Rachel.

—Todos saben que el Buicolizor es un ave siniestra, sobre todo cuando muestra el plumaje negro, pues estos pájaros tienen la particularidad de estar provistos de plumas de varios colores. El negro, el rojo y el amarillo son los que más se distinguen, pero también a veces muestran plumas blancas y azules, aunque no con frecuencia. En el Chaco —proseguía don Reynal— contaban de un pájaro llamado Urutay que aparecía cuando terminaba alguna batalla. Su canto era de alegría, decían. El pájaro que vemos en esta ciudad extiende sus alas rojas cuando ha pasado el peligro, y si aparecen las amarillas, aseguran que habrá mucho sufrimiento, si son las negras llega el duelo. También existe otro pájaro raro que aparece muy poco, pues augura sólo felicidad. Tiene cuatro plumajes, y en lengua nativa del sur boliviano se llama Calachinruis. Cuando despliega sus alas blancas anuncia matrimonio en la casa, si son las verdes augura muchas esperanzas de éxito en el comercio, el azul significa riqueza y el plomo buena salud. La especie incluye otras familias conocidas con los nombres de Canpalagüi, Turgilcongo y

Golocisgavio. Cada una de ellas tiene su historia, y como en la especie humana, sólo son iguales en aspecto. Unos son de canto bello y otros de espantoso graznido. Unos traen la dicha y otros las catástrofes, como en la especie humana, donde hay hombres buenos y malos; honrados y corruptos; asesinos y ladrones. Lo triste es que siendo el hombre un ser racional, cae en abismos de ignominia, mientras que los animales, sólo actúan de acuerdo al instinto de su naturaleza.

—¿En donde están esos pájaros, papá?, —preguntó Rachel.

—Hay muchos en los valles de Bolivia. Estos pájaros, por no ser aves de climas fríos, aparecen rara vez en el altiplano, de ahí que se tejen muchas historias. En la región del Acre dicen que existe el Canpalagüi, aunque su origen parece ser América Central, sobre todo en la región del Caribe. Hay estudiosos de las ciencias naturales, quienes aseguran que esta especie zoológica surgió en la isla de Cuba. Estos pájaros son parte de las tradiciones de los pueblos, creencias que pueden tener fundamento válido o solamente coincidencias.

—De todas maneras dan miedo, dijo Armelsila —forzando una mueca.

—Cuanto más se lee, menos se cree en estas historias. Dios decide nuestra vida y tenemos que seguir sus enseñanzas reforzando nuestra fe, reflexionó doña Asunta.

Las dos horas de intervalo pasaron rápidamente. La familia contaba experiencias del día como buscando una salida a la inquietud asomada a sus rostros. Los padres hablaban menos porque sabían más del caso. Desde las 14 horas, la casa quedaba con sus tres habitantes: Simón, con sus juegos y sonrisas. Doña Petronila, llena de salud y de tejido adiposo, inspiraba mucha confianza en todos dada su experiencia y sus bondades. Marcos era el eje de toda preocupación. Aquel escenario se convertía en el receptáculo de un melancólico atardecer. La agonía del sol llegaba a la esfera del reloj cuando marcaba las cinco de la tarde. Desde la ventana se veía un cielo pintado como un lomo de Miura desangrándose al rigor de las banderillas y la última estocada.

Más tarde, en la casa se inundó de voces. Marcos estaba algo risueño. Doña Asunta encendió una vela ante la imagen de Cristo, hizo la señal de la cruz y tomó asiento en un sillón cerca al lecho de su hijo. Maripaz fue a la cocina y acercándose a la oreja de Petronila preguntó cómo había pasado el día Marcos. Rachel y Armelsila dialogaban en el dormitorio del fondo. Lo hacían con música y se mostraban papeles y fotos. Armelsila decía constantemente, «éste, éste es».

Como todo parecía estar en calma, don Reynal levantó la guitarra y tocó varios acordes. A Marcos le gustaba escuchar la música interpretada por sus padres, pues también doña Asunta sabía de esos regales de la vida. Cantaba y se acompañaba con la mandolina. De las cuerdas de la guitarra se desprendían los compases de un vals popular. Marcos contemplaba a su padre llevando una mano a su mejilla. Cuando la madre cantaba a dúo con Armelsila se pintaba la alegría en la familia:

*Ven que sufriendo vivo  
tan lleno de nostalgia  
dime como aquella tarde  
que siempre eras mía  
y que volverás...*

Desde la ventana posterior del departamento se veían los techos de tejas rosadas. La casa había perdido la luminosidad del día, cuando las penumbas le daban ese aire propio de la melancolía vespertina. Las voces quebraban silencios sobre un patio de tierra y espacios empedrados.

Llegó la hora de la cena. Después de ella, una llamada a la puerta anunció la visita de don Ángel, hermano mayor de Asunta, Concha y Antonieta. La visita llevaba dos motivaciones: la salud del sobrino y el comentar la situación política en el país. Ángel —corpulento, de escasos cabellos, una sonrisa permanente en los labios y una voz de barítono— entregó un paquete de galletas a Marcos y le acarició la cabeza diciendo: «Pronto jugaras al fútbol, Marquitos».

Luego se retiró a la sala del brazo del cuñado. Se acomodaron en los lujosos sillones de la sala de estilo francés y conversaron sobre la situación del país en una postguerra que hacía insegura su economía.

—Hemos sido vencidos y los militares están en el poder —dijo Ángel ubicándose a un costado de la sala e iniciando el diálogo.

—Estoy enterado de que el general Vaca no estará mucho tiempo en el poder, tal vez muy pronto tengamos que hablar de otro personaje con botas —expresó Reynal frunciendo el ceño.

—Me dijeron que el general Peña apunta a presidente —fue la noticia del cuñado que, con la mirada baja, cargaba una cachimba.

—La corriente popular habla con mucha insistencia de un cambio —reiteró Ruiz con la mirada fija en una jardinera.

—¿Qué hay de ese partido llamado Falange, Reynal?

—Es de reciente nacimiento —le respondió, hundiendo los dedos en su cabellera. Hurzaga es uno de sus fundadores y, además, el cerebro que dirige. Quién sabe —prosiguió— si un día llegan a gobernar el país.

—No hay que descartar al Partido Obrero, ahora más fortalecido por los sindicatos y las páginas negras de una historia de atropellos a la clase trabajadora —opinó Ángel, tras encender la cachimba.

—El P.O. es un partido de tendencia izquierdista como dicen ser los falangistas porque quieren apoyarse en los obreros, pues solos no llegan ni a la esquina, en cambio ese movimiento obrero define un camino mucho más acorde con sus principios marxistas —acotó Reynal.

—Ahora empiezan a brotar como hongos los partidos políticos —opinó Ángel refiriéndose a otros grupos que surgían entonces, con nombres y siglas antes desconocidas.

—No creo que la izquierda pueda triunfar en Bolivia. Somos muy pocos habitantes, hay pobreza y eso me hace dudar sobre la solidez de los principios ideológicos de ciertos partidos. Cuando el hambre ajusta el cinturón, entonces se piensa en los capitalistas y aparece la tentación llamada Tío Sam y las ideologías ruedan por el suelo.

—Otros se apresuran sólo para saquear al país desde las altas esferas del gobierno.

Los cuñados se miraban fijamente mientras hablaban. El humo cubría los rostros en medio de cortas toses refrescadas con el fuerte aroma del coñac. (...)

Desde la sala llegaban algunas risas de los cuñados, quienes encontraban el lado humorístico a la situación política del país, en aquella época de reconstrucción post-bélica. También se escuchaban los tañidos de las cuerdas de la mandolina de doña Asunta interpretando un tema ruso, pero cuando todo parecía tranquilizar la noche, Rachel dijo que Marcos se había indisputado y comenzaba a sentir fiebre. Maripaz entró en el dormitorio y preparó el líquido ambarino para su hermano. Rachel llevó agua caliente para los fomentos con vinagre.

Ante esa situación, don Ángel se despidió y prometió volver al siguiente día. El padre despidió al cuñado y dirigiéndose a la habitación de su hijo preguntó qué había pasado. Luego del relato de la madre, acordaron en que el médico tendría que visitarlos nuevamente. Desde la ancha calle se escucharon ruidos de cascos de caballos. Era la policía montada que recorría la ciudad desde las diez de la noche. El golpear de las patas de los equinos sobre la tierra iba en aumento. Al pasar por la casa de los Ruiz, una gran polvareda oscureció las ventanas. El viento se llevó las melodías y las risas envueltas en la arena.

Mario D. Ríos Gastelú. Oruro - 1931.  
Periodista, escritor y crítico. Reside en la  
ciudad de La Paz.